

GRAN SUPERFICCIÓN

THEODORE
STURGEON

LAS ESTRELLAS SON LA ESTIGIA

Una excepcional antología
de relatos de uno de
los más grandes maestros
de la Ciencia Ficción



Presentados por el propio autor, se reúnen en este volumen diez grandes relatos de uno de los escritores más brillantes que ha dado la ciencia ficción. Cuando la obra de la mayor parte de sus contemporáneos de la Edad de Oro de la ciencia ficción se encuentra notablemente envejecida, la profunda humanidad que caracteriza a la prosa de Sturgeon, incisiva y precisa como un bisturí, le hace alcanzar la intensidad que caracteriza a los clásicos. Este libro es un rescate, un homenaje y con un reecuento con una de las figuras más injustamente olvidadas de la ciencia ficción.

«La magia de la prosa de Theodore Sturgeon yace en su comprensión de las muchas formas que hay de ser humano».

Larry Niven

«Un maestro en el arte de contar historias, capaz de fascinar a toda clase de lectores, y no sólo a los amantes de la ciencia ficción».

Kurt Vonnegut

*Para quien ha hecho
que todo lo peor,
que toda la espera
merecieran la pena:*

LADY JAYNE STURGEON

Introducción

Estos cuentos se publicaron en la revista *Galaxy* (excepto el que apareció en *If*, que viene a ser lo mismo). El nacimiento y desarrollo de *Galaxy* fue el suceso más importante de mi carrera en la ciencia ficción, quitando, naturalmente, mi encuentro con John Campbell a finales de la década de los treinta.

Galaxy fue creación de Horace L. Gold y creo que, por un tiempo, su vida. Cuando corrió la voz que él tenía una nueva revista, se vio inundado, agobiado, empantanado, con originales. Le pasó la mitad al difunto Groff Conklin y la otra mitad a mí. Groff y yo los leímos, escribimos comentarios y luego intercambiamos las pilas del papel. Después, volvieron a Horace, que los leyó e hizo la selección definitiva. No sé cómo lo hizo. No sé cómo podía hacer algo en esa época; no estaba bien, y soportaba cargas y tensiones que habrían acabado con más de un buen hombre. Pero cumplió plazos, pagó a sus autores y se negó coherentemente a comprar malos trabajos de sus amigos más íntimos durante todos los años en que dirigió la revista. ¿Qué más podría pedirse de un editor?

(Oigo una voz perdida en la niebla gritando: «¡Me encantaría tener un editor que mantuviera alejado su maldito lápiz azul de mi relato!»). Es cierto que solía hacer cambios ocasionales, y que entre ellos hubo alteraciones que dejaron clavados contra la pared a algún escritor y a algún que otro lector. De todas formas, aprendí que si quería que no metiera mano en una determinada frase o en una escena, bastaba con que escribiera «stet» al margen, un término de

imprensa que significa «dejar como está». Y nunca dejó de respetarlo).

Horace era un editor en profundidad, y con eso quiero decir que su preocupación iba mucho más allá de las letras negras sobre el papel blanco. Tenía en mucha consideración a la fuente de donde provenían. Pongamos sólo un ejemplo:

De cuando en cuando, un escritor tropieza con las circunvoluciones de sus intestinos literarios y cae de plano; no puede moverse, no puede escribir. Esto me sucedió debido a las maquinaciones de cierto senador disidente. Sus politiqueros me afectaron de una manera muy especial. Piensen un momento en el aserto de Asimov sobre que sólo hay tres clases de ficción: Qué pasaría si...; Si sólo...; y Como esto siga así... Siempre me he preocupado por la última, y estaba aterrado por haberla aplicado a los sucesos del país, no tanto por lo que pasaba en la actualidad, como por el potencial que entrañaba, que para mí era muy real. Y ahí estaba yo, atascado, pensando que tenía una máquina de escribir de gran calibre y la utilizaba sólo para entretener, y no se me ocurría ningún modo de usarla para que sirviera de algo.

Horace me llamó un día, preocupado, y le derramé todo encima. «Bueno, te diré lo que vas a hacer —dijo—. Escribe una historia sobre un tipo que va a la estación de autobuses para recoger a su mujer, que ha estado fuera el fin de semana. Y llega el autobús y el sitio se llena de pronto de gente. Y ve a su mujer entre la multitud, hablando ansiosamente con un joven. Ella ve que se acerca su marido y le dice algo al joven. Éste le entrega la maleta, se toca el sombrero y desaparece entre la gente. Ella echa a correr, se reúne con su marido y le saluda con un beso».

«Escríbeme esto, Sturgeon, ¡y toda la gente del país sabrá lo que sientes por ese senador chiflado!».

Bueno, pues durante un momento me quedé tan perplejo como debes estarlo tú ahora. Pero poco a poco caí en

lo que quería decirme. Era lo siguiente: si tienes auténticas convicciones, si de verdad crees en algo, eso acabará saliendo a la luz, sin importar sobre qué estés escribiendo.

Nunca creé la historia de la estación de autobuses. En vez de eso escribí una que, a juzgar por las cartas recibidas (algunas de ellas llenas de odio), dio de lleno en el blanco. Y desde entonces he escrito lo que he querido, seguro que mis convicciones acabarán trasluciéndose mientras siga siendo un ser humano que crea en algo. Preocúpate de eso, y esa cualidad llamada mensaje, o significado, se preocupará de ella misma.

Creo que encontrarás ese toque especial de Horace Gold por todo este libro. Así lo espero.

Me gustaría hacer extensible mi caluroso agradecimiento y mi estima a Don Bensen y Jim Frenkel, editores tan extraordinarios como generosos y pacientes; a Paul Williams que, con su voluntarioso esfuerzo, ayudó a que esta antología viera la luz del día; a Rowena Morrill, por su extraordinario pincel, hermoso y sensitivo; y principalmente y como siempre, a mi incomparable Lady Jayne.

THEODORE STURGEON
Junio de 1979

La Historia de Tandy

Uno está condicionado a ser austero y objetivo en las presentaciones de sus cuentos; no sé por qué, ni quién tuvo semejante idea, pero de alguna forma se supone que no resulta «apropiado» (palabra que odio bastante) mostrarse uno mismo y su corriente sanguínea a la vista del público.

Bueno, pues, yo digo que al infierno. La mayoría de lo que escribo se realiza por el simple proceso de abrir una vena y dejar que gotee (siempre demasiado lentamente) en la máquina de escribir. El tema de mis investigaciones siempre ha sido la gente, y suele pasar a menudo que la gente a la que estudio con mayor comodidad es a la que está cerca de mí. Y el proceso de recopilar una antología como ésta debe proporcionar, además, forzosamente, un enfoque claro del entorno en que fueron escritos sus cuentos.

«La historia de Tandy» estaba pensada para ser la primera de una serie que al final se recopilaría en un libro de cuentos largos y cortos que se titularía La Familia. Y en ella incluiría ésta, la de Noël y la de Timothy (el bebé mencionado en el cuento), y la de Robin, seguida de «Historia de la Madre» y acabando con la «Historia del Padre».

Pero entonces surgió un viento de esos que soplan allí donde se alzan nuestras biografías, me vi separado de esa gente por unos millares de días y de kilómetros, y ahora estoy a una semana de haber visto a Noël graduarse en la universidad y ver como «el bebé». Timothy se golpeaba la cabeza contra el dintel de una puerta situado a una altura de metro ochenta. He hecho célebre a Robin en alguna parte de mi obra, y el turno de Noël llegará cualquier día,

estoy seguro, tanto como que le espera algo especial a Tim, aunque ese algo no suceda en el mismo esquema de este cuento. La nostalgia suele estar teñida de lamentaciones; la mía no. Pero al mismo tiempo soy conmovedoramente consciente que en un universo paralelo existe un libro titulado La Familia que no será —ni puede ser— escrito. Me gustaría leerlo.

Ésta es la historia de Tandy. Pero antes de empezar, veamos su receta: el estornudo de Cañaverál; el afinador de vacío agrietado; el estado a la deriva; la analogía del choque en el Sahara; Hawai y la luna desaparecida; y la analogía del plan de beneficios compartidos. En todo esto no hay discontinuidad alguna, ni una cadena de acontecimientos que sea más notable que otra. Todas son igual de notables.

Si esta historia fuera la tuya, podría tener una receta compuesta con una carta que no se envió nunca, la hebilla rota de unos chanclos, el recuerdo nostálgico de unos ojos violeta, la teoría de Malthus y un *strudel* de queso. Pero el caso es que es la de Tandy.

Empezaremos, entonces, con el estornudo de Cañaverál, efectuado por un hombre en un laboratorio aséptico, vestido de blanco y con guantes esterilizados, cuando colocaba cuidadosamente una esfera recubierta de oro de cuarenta y seis centímetros de diámetro en su envoltorio definitivo. No fue capaz de taparse la boca a tiempo, por carecer en ese momento de una tercera mano. ¡Jesús!

Y ahora, vamos a la historia de Tandy.

Robin, su hermano, sólo era un niño durante los dos primeros años de la vida de Tandy. Noël, su hermana, nació cuando Tandy cruzaba ese umbral de la conciencia al que se conoce por cumplir tres años. (Timothy, el otro hermano, no llegó hasta más tarde. Y de todos modos ésta no es su historia. Es la de Tandy).

Cuando Tandy cumplió cinco años, tuvo claro que, mientras su hermano mayor Robin era más grande, más sabio y más inteligente (no lo era, pero ella no había vivido lo bastante para saberlo) y podía avasallarla a voluntad hasta que gritaba pidiendo ayuda, o para decirlo de otro modo, mientras la atacaba por arriba, su hermana menos pequeña le minaba el terreno que tenía debajo. Sin explicación alguna, Noël encantaba a todo el mundo, hasta a Robin, por ser un bultito encantador. Pero, inevitablemente, su advenimiento desvió de Tandy una buena cantidad de atención paterna, haciendo que perdiera su posición casera de bebé sin adquirir el nivel de primogénito que ostentaba Robin. No le parecía justo. Así que hacía lo único que podía hacer al respecto. Gritaba reclamando ayuda.

Y no lo hacía con gritos normales, si consideramos que un grito normal es una especie de puntualización o de explosión o cambio de ritmo en una conversación. Había veces en que no era en absoluto un grito, figurativamente hablando y exceptuando su finalidad. Había veces en que era un gemido, altamente especializado, no muy fuerte pero sí estridente, que podía arrastrarse dentro y fuera de su voz por dos veces en el transcurso de una misma frase. O podía ser sólo una forma de pedir algo, y pedir y pedir hasta que oyera un «sí» sin ser consciente del momento en que éste se volvía un furioso «no». O podía ser un instantáneo estar a punto de llorar, completo, con ojos brillantes y gesto boqueante, donde cualquiera habría utilizado un vulgar énfasis del tipo: «Fue el martes cuando me puse el vestido azul, no el lunes», y una desaparición de las lágrimas, igual de instantánea (lo cual, de algún modo, resultaba ser la parte irritante). O una falta de respuesta absoluta, total, completa e inamovible, a una orden emitida durante una tercera, una cuarta, una quinta repetición, seguida de un repentino y destrozante chillido: «¡Ya te he oído!».

Abreviando, Tandy tenía un talento próximo a la genialidad para meterse bajo la piel de uno y pinchar desde ahí.

Una vez establecido esto, es de justicia para los implicados el decir que Tandy también era cariñosa y querida. Sus padres se tomaban muy en serio el asunto de educar a los hijos, y las motivaciones que había tras las irritantes propensiones de Tandy (talento innato aparte) eran de sobra conocidas por ellos. Y Tandy era una niña cariñosa, dócil, de largas pestañas, con pelo del color de la miel y doradas pecas repartidas por una nariz perfecta, y querida por sus padres, cosa que éstos le demostraban a menudo.

Y eso no alteraba ni un ápice su estado de «no», segundo hijo, el desagrado por el papel que le había tocado, su gritar pidiendo ayuda y, por consiguiente, pese a todo el amor evidenciado, su concurrente guerra de desgaste.

Había momentos en que Robin y ella se comportaban como coetáneos y de un modo espléndido. Y, naturalmente, casi todos podían hacer buenas migas con la obediente Noël. Pero esos momentos eran más deseados que acaecidos. Cuando pasaban eran tan bienvenidos que uno se acuerda de la mujer con niños en perenne batalla y que, en medio del sorprendente silencio de una mañana, les pregunta: «¿Qué están haciendo; niños?». Y debajo del porche surge una voz que contesta: «Quemando con cerillas el envoltorio de estas navajas, mami». «Eso está bien —replica ella—, no se peleen...».

Abreviando, en esos momentos podían conseguir prácticamente cualquier cosa, y las ocupaciones habituales de Tandy eran en solitario y alejadas de la gente.

Aunque no completamente alejadas.

Puede que fuera debido a su abarrotada soledad, pero prefería estar fuera y mirando dentro, o dentro y mirando fuera, pero nunca siendo parte del grupo. Cuando los niños del vecindario se reunían en el césped para jugar al escondite o a la pelota, y llevaban varios minutos de juego, podía verse a Tandy a cuarenta pasos, acuclillada junto a la entrada del garaje, quizá haciendo una tarta de barro, decorándola con guijarros y ramitas, o manteniendo algún elabora-

do diálogo con su muñeca Luby (estuviera o no Luby con ella), inclinándose y tomándola, y murmurando todo el rato y con varias voces. Tandy hablaba muy bien. Lo hizo desde el principio, y su dominio del tono y del idioma era demasiado experto para ser simpático. Había momentos en que hasta resultaba embarazoso, como cuando su padre la oyó decirle a un arbusto de peonías: «¿Qué diablos te pasa? ¿Estás hipnotizado?», con el mismo tono y énfasis que utilizaba él. Había veces en que esas actuaciones aisladas de las actividades de los demás atraían una atención considerable. Sorprendentemente diestra para tener cinco años, era uno de esos niños que, en apariencia, pueden dibujar desde que nacen, y de un solo movimiento, una figura tan cerrada que eres incapaz de ver donde se han juntado las líneas, y cuyas construcciones con dados nunca parecen derrumbarse, aparentando ser bastante funcionales (cosas que, de hecho, eran en la fantasía del momento). De cuando en cuando se congregaba a su alrededor toda una galería de curiosos con, pongamos, seis cuidadas hileras de hojas rojas de arce japonés y pétalos de jazmines intensamente rosas, colocados alternativamente sobre el césped, y ante las que se ponía muy seria, murmurando entre dientes y señalando a una u otra con un palo. En momentos así parecía olvidarse de los seis u ocho niños que se habían visto magnéticamente atraídos por ella y que miraban ensimismados. Unas veces reaccionaba y otras no. A veces había que tomar medidas drásticas, como que Robin arrastrara los pies por entre la cuidada disposición de hojas y pétalos, antes que pudiera descubrir (en este caso, por las malas) que Tandy estaba dando clase, que las hojas eran chicos y los jazmines chicas, y que ahora iba a decirle a mamá que tirara los tensores de Robin a la basura, y muchas más cosas; qué otras cosas más era lo que no supo nadie, pues para entonces el rechinar de dientes había destrozado toda inteligibilidad.

El afinador de vacío agrietado fue colocado cerca de la base y dentro del envoltorio metálico de una válvula amplificadora de radiofrecuencias, incluida en el circuito telemétrico de la segunda fase del gran cohete. La función del afinador de vacío era absorber los gases residuales de la válvula y mantener el vacío allí existente. La grieta era una impureza, pero tan ligera que no causó problemas hasta la duodécima hora de la marcha atrás. Entonces el gas rarificado empezó a ionizarse y a ¡foop!, descargarse e ionizarse y ¡foop!, descargarse otra vez.

Reemplazar la válvula requirió que volvieran a las veinticuatro horas y reiniciaran la marcha atrás. El retraso de doce horas extras permitió que la rociada del estornudo se secara en la esfera, y que murieran ciertos bacilos, que otros se enquistaran, y que la sustancia de un virus submicroscópico adquiriera un estado de correosa jalea, casi cristalina.

Tandy vivía en una casa entre árboles que a su vez estaba en, o casi en, mitad del barrio, un accidente agradable, consecuencia de una tradición de acaparamiento de tierras de tres padres y abuelos y bisabuelos vecinos. La hectárea en que estaba la casa de Tandy aparecía rodeada por cerca de ocho hectáreas de árboles pertenecientes a otra gente y un pequeño pantano, pero la casa se hallaba apenas a diez minutos a pie de la ciudad.

Así que en algún lugar de la casa o el jardín, en césped, pantano o bosque, el brownie debió presentarse a Tandy.

Tenía ese aspecto de juguete de peluche abandonado bajo la lluvia que sólo tienen los muñecos de peluche que se han dejado bajo la lluvia. Mediría dieciocho centímetros de alto. Su ropa, o su piel (la verdad es que la capa exterior era ambas cosas) tenía varias tonalidades de caqui y verde moteado. El apelativo de «brownie» derivaba de lo que parecía ser un gorro piramidal, similar al de los gnomos del mismo nombre, pese a que una vez se le oyó decir al padre que se trataba de la maldita cabeza de la cosa lo que era puntiagudo. Los brazos y piernas eran rígidos y separados

del tronco, y parecían como salchichas cubiertas de líquenes. Tenía flácidas hojas de fieltro amarillo rosáceo por manos, y por pies lo que podría haber servido de modelo para una ilustración de algún dibujante radical de los nudosos monederos de la Vieja Monederos. En cuando a la cara, bueno, era una cara. Eso es todo. Discos negros por ojos, tan apagados que no podías saber cuándo se suponía que estaban abiertos o cerrados, unas comillas por nariz y una raya debajo que podía ser una sonrisa torpemente inclinada hacia la derecha que se enfurruñaba bajando a la izquierda, o una mancha de porquería.

En vista de lo sucedido, uno pensaría que hubo un día del descubrimiento, una hora de la revelación, un acontecimiento tipo desenvolver-el-regalo. Pero no lo hubo.

El brownie rondaba por la zona desde hacía semanas, puede que meses; lo habían visto todos, tirado a un lado, utilizado como motivo de ese suspiro paterno de: «Algún día habrá que limpiar toda esta basura...». Una vez, Robin cavó una tumba para un gato muerto y enterró al brownie en su lugar cuando no pudo encontrar al gato. Noël se lo llevó otra vez a la cama, y la madre lo tiró esa noche por la ventana. Era algo como el coche para pasear a la muñeca que estaba torcido pero no roto, el motor eléctrico de juguete con la escobilla rota y la jirafa a cuerda de Noël que necesitaba orejas nuevas. Y el brownie tejió su confuso hilo en el tapiz de los días, entrando y saliendo del margen existente entre los juguetes y la basura.

El momento exacto en que Tandy empezó a preocuparse por el brownie también es algo vago, y causó poca impresión incluso cuando su interés fue total, porque Tandy era..., bueno, como, por ejemplo, cuando la oruga. Cuando tenía cuatro años recogió una oruga y la guardó en un bote de café durante dos días y la llamó Freddy y la alimentó y le dio agua y hasta la tapaba por las noches con una sábana de muñeca. La segunda noche se despertó llorando, sufriendo por Freddy y permaneció inconsolable hasta

que encontraron el bote y se lo llevaron. Su abuela, que en esos momentos vivía, dijo sabiamente: «Esta chica necesita una mascota», y todo el mundo asintió y habló de mascotas. Al día siguiente, Tandy la puso sobre las piedras del jardín «para que pueda dar un paseo». Y se fue a dar un paseo. Del todo.

La gente caminó de puntillas alrededor de Tandy durante medio día, como si estuviera llena de fulminante y hubiera cenado dinamita.

Pero no sólo no preguntó por Freddy, sino que jamás la mencionó. Tropezó con la lata y casi se cayó y le dio una patada sin mirarla dos veces, de aquí que las preocupaciones de Tandy estuvieran más allá de todo juicio o predicción; podía ser una hermandad de sangre, como lo que tenía con su muñeca Luby Cindy, o podían ser pasiones pasajeras como con Freddy. El brownie..., bueno, la gente no se dio cuenta que Tandy tenía una nueva pasión, sino que había orbitado durante un tiempo indeterminado alrededor de ese cacharro. Y cuando Tandy estaba en órbita, también lo estaba el mundo, o si no el mundo, todo el mundo, sería responsable ante Tandy.

Hablar de órbitas nos lleva al estado a la deriva. Ningún otro nombre nos serviría, y hasta éste es inexacto. Era..., bueno, materia; pero materia tan encrespada, tan envuelta en tensión, que estado resulta una palabra más adecuada que cosa. Había sido hecha donde era útil para sus creadores, y uno podría decir que tenía vida propia de no haber sido utilizada durante algunos millones de megaaños. Pero debido a una casualidad tan improbable como la existencia de un lector para este cuento o la de un mundo donde leerlo, pero igual de real, el estado a la deriva se encontró en ruta de colisión con la esfera dorada que flotaba en el espacio. Eso contactó, interpenetró, con un área de la superficie dorada que medía cuatro por ocho micrones, y se descubrió, por fortuna, como parte de material orgánico; un virus seco y helado y dos bacterias enquistadas. Disec-